

Plagios del Irán. Angelología

El genio israelita se había adormecido. En la época de su mayor vigor, en Babilonia, se había cerrado, en cierto modo, a toda acción externa. Además, la región caldea era muy inferior, y la ciencia caldea muy superior a él. Sin embargo, se sometió ya entonces a muchas costumbres supersticiosas exteriores. La influencia de Persia fue la más profunda que sufrió Israel, y duró incluso una vez acabado el imperio persa. La influencia, aunque fuerte, no evitó que continuara la influencia irania en los siglos III y II.

Los símbolos del Irán eran enormes. El *feruer*, especie de apoteosis,

imagen ideal, de protesta contra la realidad, estaba, como el disco de Ahuramazda, en armonía secreta con Jehová. El altar del *Tamid* o sacrificio perpetuo en el templo de Jerusalén es bastante parecido a un *pireo*, y la leyenda quiso ver en este fuego que no se extinguía una especie de fuego eterno, semejante a la nafta inflamada de Baku.

En los siglos V y IV, Persia soportó las revoluciones religiosas más importantes de su historia. Los magos de Media en el siglo VI tenían ya una enseñanza moral y nacional de carácter elevado. En tiempo de los sucesores de Ciro esta enseñanza se condensa en una redacción que une toda verdad con un revelador primitivo. Éste es Zerdust, llamado por los griegos Zoroastro. La relación prolongada entre judíos e iraníes acabó por hacer que unos tomaran algo de otros, pero como el zoroastrismo sobrevivió mucho a la conquista de Alejandro, no hay que atribuir exclusivamente estos cambios al periodo aqueménida. El mesianismo persa debe quizá mucho al mesianismo judío, pero la época persa de la historia de Israel es precisamente la menos inclinada al mesianismo.

Realmente, las costumbres persas eran más análogas a las de los judíos que las de Grecia, Roma y Occidente. Todos los personajes que representaron algún papel en las novelas piadosas, Nehemías, Zorobabel y Daniel, y hasta cierto punto Esdras, empezaron por ser pajes en la corte persa. La novela judía encontró su ideal en estas costumbres, reproducidas más adelante en el califato de Bagdad; costumbres alegres, tranquilas, burguesas, bajo un despotismo bonachón, sucesivamente estúpido y paternal, feroz y sonriente. La vida, bajo el poder aqueménida, fue bastante dulce en Oriente. Muchos pormenores de la vida judía proceden de Persia. Una fiesta celebrada en todos los países persas tuvo entre los judíos mucha suerte y originó una leyenda que constituye una mancha en su literatura sagrada.

Para los persas había un día de regocijos que se celebraba a fines de año con banquetes y con regalos recíprocos, y se llamaba *furdi*. Los judíos la adoptaron como fiesta profana y la celebraron el mes duodécimo con banquetes donde se permitía la embriaguez. No era primeramente ceremonia religiosa, pero se quiso que tuviera su agada y sobre esta base se escribió el *Libro de Ester*. Se supuso que el *purim* (nombre que se dio a esa fiesta) se enlazaba con un gran triunfo de Israel, y con el suplicio de su mayor enemigo.

De ella surgió el libro más extraño, un libro malo, impío, irritante, en el que se representa a Israel como una raza formidable que mata a sus enemigos por una fuerza interior, y cuya vecindad es de temer. Nunca se confesó con mayor inprudencia el egoísmo nacional. La bajeza, el amor a los empleos viles, la falta de sentimiento moral, el odio al resto del género humano llegan al colmo. ¡Espantosos caracteres los de Ester y Mardoqueo! ¡Qué astucia! ¡Qué falta de dignidad! ¡Qué crueldad! Esta furia no tiene suficiente con la muerte de sus enemigos, necesita exhibir los cadáveres, y cadáveres de niños. El autor se muestra muy satisfecho. Jerjes, que permitió exterminar a los judíos, permite a éstos asesinar a 75.000 súbditos suyos. Verdaderamente dichos súbditos se dejan matar por un puñado de hombres, demostrando que tan tristes

historias suceden sólo en el dominio de la imaginación. La mejor apología de tal librejo es decir que no sucedió nada de lo que refiere.

La fiesta de *purim*, gracias al libro, llegó a ser sagrada. En la época de los Macabeos era conmemoración de una gran victoria nacional.

Los Amschas-pands, los Izeds, los Iernes, fueron la parte del culto persa que más impresionó a los judíos. La antigua angeología hebrea era sencillísima. Miríadas de hijos de Dios, sin nombre, rodean al Eterno y son como el florecimiento siempre fecundo de su pensamiento. Uno de ellos es su enviado, su correo. Otro es un denigrador, que divierte alguna vez a Jehová con sus salidas: es el *Satanás*, el crítico de la creación. En su relación íntima con el Eterno, los hijos de Dios no ven más que armonía en sus obras. Todo lo encuentran bueno y hermoso. Satanás turba a veces tal placidez, y gusta de hacer notar la parte débil de la creación y de menospreciar la mitad de los hombres piadosos, que es lo que más enorgullece al Eterno. Pero éste la refuta con poderosos argumentos y siempre le derrota.

Poco a poco se complicó esta organización sencilla de la corte celestial. Hubo jerarquías, empleos varios, *sarim* o arcángeles, y hasta distinciones entre éstos. Toda cosa abstracta tiene su *feruer*, su *universal*, semejante a los *espíritus* que los pueblos salvajes atribuyen a todo lo que sea algo compuesto, como un barco o una casa. Cada nación, y más adelante cada iglesia, tuvo su ángel.

Un tipo especial de seres celestiales se llaman Santos o Vigilantes, que nunca duermen (en griego Egregores), denominación que esconde seguramente alguna relación con los Amschas-pands. Aquellos santos forman una especie de Consejo donde se deciden las cosas humanas. Tienen algo de la naturaleza divina y se parecen a emanaciones de Dios.

Un síntoma característico de la transformación que han sufrido en su naturaleza esos seres celestes, es que después tienen nombres, como personajes individuales. Los antiguos hijos de Dios son todos similares, sin nombre individual que los distinga. Desde las relaciones con Persia, los ángeles toman nombre y funciones especiales. Se levantaron a capricho los nombres de Gabriel, Miguel, Rafael, Uriel.

La estructura del ángel en este nuevo concepto es la del hombre alado, y el poder de los ángeles nuevos es mayor que el de los antiguos. Hay genios que por su intercesión cerca de Dios pueden beneficiar a los hombres. Siete de ellos están junto al trono de Jehová y son los más santos. Los ángeles llevan a Dios las oraciones de los hombres, ayudan a los santos, combaten con los Macabeos, esparcen el terror entre los ejércitos enemigos y hacen milagros.

Además hay demonios influyentes de modo pernicioso en la naturaleza, como los *divs* persas que habitan los desiertos, las ruinas y las casas abandonadas. *Aeschma Daeva* (Asmodeo) fue adoptado especialmente como demonio lúbrico que se apodera de las mujeres y mata a los que quieren acercarse a ellas legítimamente. Las ideas de la posesión por el demonio que tuvieron tanta importancia en la época de Jesús, ya existían en aquel tiempo relativamente antiguo; pero hasta Jesús no hay exorcistas. Aún no se había producido la transformación del viejo Satanás en un *diabolo*s (genio del mal) poco diferente de Ahrimán.

No existe antes del cristianismo huella cierta del mito de la caída de los ángeles. Estas ideas son tan importantes en los primeros escritos cristianos que hay que creer que la imaginación judía, antes de Jesús, trató de explicar el mal por una rebelión de ángeles que hicieron daño en la tierra al caer en ella.

Una observación general es que la mayoría de las creencias comunes al Irán y a Judea son deducciones naturales de creencias anteriores. La lógica es la misma en Persia y en Palestina, y lo absurdo, una vez fijado un punto de partida, tiene su lógica igual que lo racional.

Dichas aberraciones respondían a un progreso de ignorancia y de sinrazón. Perdíanse las ventajas del judaísmo en intrusiones extrañas que abrían la puerta a supersticiones de orden inferior. La gente sensata (saduceos) rechazaba estas influencias exóticas, pero el pueblo era más fuerte. El cristianismo, al nacer, estaría manchado con tales quimeras. Lo lamentamos; pero quizás a no ser por esto no habría nacido. La debilidad es condición de la fuerza: las cosas populares nunca se hacen sin locuras y sin excesos.